

DE LA ULTIMA CRISIS

La solución dada a la última crisis ministerial ofrece notables particularidades; desde su principio hasta su fin, pero dos aspectos, dos puntos de ella, cabe resaltarla y definiéndola, nos la presentan como una crisis más, una de tantas, del más castizo cuño nacional. Ha sido, en verdad, una crisis a la usanza española.

Los dos puntos concretos a que nos hemos referido son estos: primero, el que se refiere al titular sustituto de la cartera de Hacienda; segundo, el que se desprende del resultado de las regias consultas.

El primer extremo es de una elocuencia solo comparable a su propia ironía. El subsecretario de Hacienda, el que lo fué del señor Domínguez Pascual, ministro dimisionario, ha sido ascendido y premiado, pasando a ocupar la poltrona, aún caliente, de su antecesor y jefe.

La consecuencia es lógica; el señor Argüelles, en sus días de subsecretario de Hacienda, no debió vivir muy identificado con el señor Domínguez Pascual—cosa, al parecer, lógica en fuerza de absurda—o, por el contrario, no debió guardar al anterior ministro toda la fidelidad que el cargo le exigía.

Claro es que si hubo identificación o no, si existió fidelidad o no la hubo, podremos deducirlo por conjeturas, no porque la actitud del señor Argüelles lo die- ra así a entender durante el conflicto surgido con motivo de la promulgación del Real decreto. Solo una leve indisposición del antiguo subsecretario, en momentos críticos, pretexto, tal vez, justificativo de una ausencia de la subsecretaría, difícilmente explicable, podrá ponernos en la pista o, mejor, en el punto de origen, de una discrepancia entre los señores Domínguez Pascual y Argüelles.

Pero, en realidad, hasta que el señor ministro de Hacienda actual ha subido a la poltrona ministerial no se ha definido su actitud frente al conflicto de los funcionarios.

Y cabe ahora preguntar: ¿De-rogará el señor Argüelles el famoso decreto? ¿Será, en otra hipótesis, el nuevo ministro instrumento de que se sirva el señor Dato para imponer la ley y castigar a los cabecillas del movimiento que ha originado la crisis última?

El tiempo lo dirá, si es que antes de que el tiempo hable no se ha producido otra crisis que ya se vislumbra y que a juzgar por los síntomas se producirá antes de que se constituya el Parlamento.

**

Del resultado de las consultas regias no ha salido la autoridad del Gabinete Dato más robustecida que después de la votación del Congreso: al contrario; la derrota ha sido ratificada.

Todos los prohombres de nuestra política, con rara unanimidad han coincidido al apreciar la improcedencia de la crisis última, acusando, de paso, al señor Dato por su debilidad, indecisión o falta de empuje para reprimir y castigar una alteración surgida en uno de los organismos del Estado, sobre el que el Gobierno tiene, o debe tener, en todo momento, jurisdicción.

Pero también a oídos del Rey ha llegado la protesta de los políticos consultados, por la ilegalidad y arbitrariedad del decreto que motivó la huelga de los funcionarios.

No nos explicamos, pues, las razones que movieron al señor Dato a plantear la crisis y menos a aconsejar al Rey la celebración de consultas.

¿Será, tal vez, que el señor Dato quiso probar la entereza de las oposiciones obligándolas a repetir ante el Monarca argumentos que tantas veces habían atormentado los oídos presidenciales? ¿Es, acaso, que el señor Dato supuso que los jefes de los distintos grupos parlamentarios no tendrían valor para mantener en la regia cámara el criterio sustentado en el hemiciclo del Congreso?

Si así ha sido no estaría demás poner como final un comentario popular e irónico:

Al señor Dato, a quien no gustaba el caldo, le han suministrado dos tazas, a la fuerza...

¿.....?

Caminan siempre con la vista en el suelo, marchando muy de prisa. Son muchas ¡muchas! Cuando la aurora llega las encuentra en la calle y son las encargadas de despedir al sol y dar las buenas noches a la luna.

Van de iglesia en iglesia, de convento en convento. Confiesan y comulgan a diario. Están siempre con Dios...

Para mí son un misterio estas mujeres que tanto rezan y tan santas quieren llegar a ser. Parece que el demonio las persigue siempre y las hace pecar a cada instante. ¿Quiénes serán estas mujeres que abandonan todo por llegar ante el altar una hora, y otra y otra más?

Son un misterio para mí. No las comprendo. La oración que mas puede agradecer el Señor, es la del trabajo. Para ser cristiano, para querer a Dios, no hace falta el ocio.

Creo que la «trata conventos», encarna la canción al diablo, que es la ociosidad.

El manantial descubierta

Los burgaleses oyeron hablar durante varios lustros de los lavaderos cubiertos; este asunto se hizo de todos los lugares y de todas las horas; en cualquier momento un ciudadano había de resignarse a oír un largo discurso acerca de tema tan poco sugestivo; la prensa apuntaba de vez en vez la necesidad perentoria de construirlos; comparsas carnavalescas, tocados sus individuos con dominós de percaline, intimidaron a don Manuel de la Cuesta, cantando con tohillo insoportable, a que verificase las obras, insinuando la trágica idea de perecer las lavaderas con la sangre coagulada a las orillas de un río; el pueblo todo se manifestaba verdaderamente obsesionado.

Sucedíanse los alcaldes, lleno su período autoritario de zozobras y sobresaltos; Burgos necesitaba unos lavaderos y ellos no podían facilitárselos, el elemento agua faltaba. Dirigiéronse al Arlanzón, pidiéronle prestado unos hectolitros de agua y el río se negó tozudamente a concederlos, llegaron a las márgenes del Pico y en tono quejumbroso suplicaron un poco de agua; el río Pico no tuvo a bien escuchar los plañidos de los alcaldes. Alguien propuso construirles sobre los canales del depósito municipal, asegurando que el agua después de lavar la ropa, ganaba en condiciones de potabilidad; pero no fué atendido... Al cabo nadie volvió a recordar los lavaderos cubiertos.

Hoy, ante una representación de nuestras autoridades, se ha inaugurado un pabellón destinado a las lavaderas; la fachada ostenta el escudo de nuestro Ayuntamiento; dentro, en dos hileras, se extienden pilas individuales donde las humildes mujeres cumplirán sus funciones sin temor a perecer. Puedo jurarle al lector que la noticia es cierta, estoy plenamente convencido de su veracidad.

Don Perfecto Ruiz Dorronsore ha arrancado del misterio el agua suficiente.

L. Saiz Barrón.

DE ARTE

ANTONIO JOSE

He aquí un gran artista que ha sabido despegarse de la tierra provinciana y pacífica para llegar a los dolorosos campos de la lucha.

Antonio José, el gran músico, el que tantas y tantas veces nos ha hecho guardar silencio de admiración y cariño ejecutando lindas partituras, ha llegado a Madrid y al poco tiempo triunfa ante Calleja, Villa, Conrado del Campo, Bretón, Saco del Valle y Miguel Yuste, maestros compositores del Real Conservatorio de Música.

Al leer la noticia, dada por la prensa diaria, hemos sentido orgullo, verdadero orgullo. Un paisano nuestro, un amigo verdadero, simpático, cariñoso, bueno, amable, tiene la rebeldía de abandonar su patria chica para marchar en busca de la gloria para cubrir con ella a Burgos y honrarnos a los burgaleses.

Y el primer triunfo le ha acariciado ya. Consagrados profesores de música, certifican haber examinado diversas composiciones de don Antonio José Martínez y hallado en ellas reflejadas cualidades artísticas tan sobresalientes como poco comunes.

Y creen merecedor al joven artista del apoyo decidido de la Diputación de Burgos.

Ya lo sabe la Excm. Corporación. Ahora, como nunca, tiene ocasión de demostrar que cumple con su obligación.

Burgos entero se lo agradecerá. Es difícil, muy difícil, que en esta época de positivismo, de comercio en todo, salga un grandioso artista.

Por eso, Antonio José tiene para nosotros doble mérito. No le dejemos sin ayuda, que no camine solitario, que sus labios no tengan que dejar salir una palabra de desprecio para los burgaleses...

Antonio José ha empezado a honrarnos. Empecemos nosotros a ayudarle.

Nuestros poetas

Sed de amar

Tengo una sed de amar y ser amado que lentamente devora mi ser... ¡Oh las lágrimas que yo he derramado por la flor de tus labios, mujer!...

¡Oh deseo infinito!... ¡Sed de amar que jamás en la vida se sacia!... —Corazón: cesa ya de llorar por la imposible Fuente de la Gracia...

¡Oh esta sed de amar!... Solo la Muerte cuando en su abrazo nos detenga presos podía ahogarla, y con su beso inerte perderemos la inmensa sed de besos...

(Señor: ¿por qué delito habéis impuesto a nuestro cuerpo esta sed inmensa de amar, este infinito deseo de besar, que nos devora?...)

¡Oh las lágrimas que por la rosa de tus labios, mujer, mi vida llora!...

Eduardo Ontañón.

Mal de amores

Apoyando su pecho en la ventana con un gesto indolente de gitana se encuentra Margarita, la moza más bonita de la plácida aldea castellana.

La tarde va acabándose. Allá abajo se escucha la canción de un fuerte zagalón que regresa, cantando, del trabajo.

Todo vuelve al silencio. Margarita, en el aire perdida la mirada, tiene el alma angustiada por una pena inmensa, infinita...

Recuerda lentamente el tiempo esplendoroso de su primer amor con un joven pastor fornido y musculoso... y se nublan sus ojos tristemente y su pecho solloza silencioso...

En el cielo destella una pálida estrella que parece un diamante y que se mece colgada entre las gasas de las nubes... Margarita la mira y le parece que le dice la luz: ¿por qué no subes?...

Y soñando, soñando con el único amor que tuvo en vida, Margarita la bella va quedando como un ángel dormida.

¡Pobre y triste pastora gentil y soñadora como las princesitas de la cuentos! ¡En la noche callada, como una flor tronchada murió bajo el azote de los vientos!

Emilio Pisón.

REPASANDO PERIÓDICOS

Tenemos en España buenos periodistas. Leyendo diariamente la Prensa nos encontramos con artículos dignos de un aplauso sincero.

Nosotros creemos que esos artículos hermosos, de un sabor verdaderamente humano, debieran ser impresos en hojas volanderas que se posaran en las manos de todos.

Los artículos de los periodistas que a fuerza de trabajo han llegado a la cumbre de la popularidad, son pan para el espíritu y todos debiéramos mantenernos con él, para que nuestra comprensión no permitiera desmanes de pensamientos y dichos vergonzosos.

He aquí un artículo del gran periodista D. Antonio Zozaya, cronista de «La Libertad», de Madrid.

CRÓNICA

Las diosas corintias

Una señora que oculta discretamente su nombre me pide que, nuevo Juvenal, escriba una sátira sangrienta contra las cortesanas que se exhiben en los espectáculos públicos y eclipsan con su lujo y su magnificencia a las mujeres virtuosas, y me ruega también que fustigue a las damas llamadas de buen tono que dispensan a semejantes corruptoras su indiscreta benevolencia. En verdad, bien quisiera complacer a tan honesta comunicante; pero, aparte la convicción de que en toda moral sexual hay algo de arbitrario, se consigna en la carta a que me refiero una afirmación que merece ser discutida. «Las altas cortesanas—se dice en ella—no tienen otro mérito que su descocada impudicia.» ¿No habrá en esta aseveración un error manifiesto y fundamental? Y este error, ¿no redundará en menoscabo de la misma moral que se quiere declarar intangible? Comencemos por hacer una declaración explícita previa: toda mujer honrada merece más alta estimación que la que no lo es. Pero permitaseme suscribir esta otra: no es tan fácil ser alta cortesana como se figuran las gentes, ni todo en estas bellezas profesionales es demérito. Eso de suponer que cualquier mujer hermosa puede escalar el templo de Corinto cuando se decide a sacrificar la honestidad, es una ilusión engañosa. Para ser Thais se necesita mucho más: hay que ser artista, y eso lo son muy pocas personas, aunque cumplan los mandamientos. He aquí el secreto de la desventaja que llevan en la lucha la mayor parte de las señoras honradas a carta cabal. Creen equivocadamente que si ellas quisieran podrían competir con las sacerdotisas del amor. Y se engañan. A una esquina puede ir cualquier mujer; a Monte Carlo le sería bastante más difícil. De esto debieran las mujeres sacar una provechosa enseñanza: no basta ser horada; hay que ser inteligente, y, sobre todo, ser artista: he aquí un axioma que se le olvidó en el libro de «La perfecta casada» al bienaventurado Fray Luis de León.

**

Es preciso departir con algunas de esas estrellas de la frivolidad aparente para comprender hasta qué punto pueden subyugar los ánimos de los hombres un poco soñadores y que irresistible atracción pueden ejercer sobre los espíritus cultivados. Su conversación, lejos de ser obscena, suele ser pulera

exquisita, quintaesenciada de raciocinio y de buen gusto. Mientras la mayor parte de las señoras impecables han perdido su tiempo en faenas vulgares, o en el «crochet», o en los ejercicios de posición fija al piano, o en el discreto insustancial de las tertulias cursis, ellas han viajado, han aprendido idiomas, han leído obras de arte, han departido con hombres de selección, se han documentado, han adquirido el gusto del matiz y la línea y se han colocado en condiciones de abrir las puertas de un universo espiritual, que permanecen, para las hembras rutinarias, cerradas perpetuamente a piedra y lodo. Sus cuerpos despiden la fragancia de los hábitos de limpieza que condenaba el ascetismo; sus vestiduras no necesitan ser lujosas para parecer modelos de distinción. Todo esto podemos decirlo desde la cumbre de la austeridad y de los años, los insospechosos de lujuria. Basta a veces una sola palabra para descubrir en ellas tesoros inesperados de ternura y de bondad. Su camino es equivocado; son desgraciadas víctimas de un absurdo medio educativo, de la maldad ajena, y algunas veces de un temperamento vicioso; pero hay en ellas siempre un mérito indiscutible que las hace ser tratadas con más delicada cortesía que lo son las virtuosas zafas y las honestidades de pan llevar.

¿Valen más que las señoras honradas? Repito que no. ¡Benditas sean y únicas entre todas las santas madres de nuestros hijos! Pero alejemos el error de que basta la honestidad para quitar a las cortesanas su preponderancia. Hay que competir con ellas en lo bueno, sin emularlas en lo malo. Así como hay que enseñarlas la virtud, es necesario aprender de ellas la cultura social y la estética. Esta es una verdad muy dolorosa; pero es una verdad. Un filósofo será siempre austero; pero medirá con tristeza invencible lo que va de Thais a Xantipa.

«—Es muy triste—exclama con frecuencia una mujer honrada—que las célebres corruptoras encuentren más devotos que las esclavas de la honestidad.» Y lo dice, en alguna ocasión, con lenguaje incorrecto, con el cabello mal pergeñado, las vestiduras desaseadas, el ceño adusto; el ademán grosero, en

el semblante retratada la intolerancia y la ordinarioz. «—¡Si yo quisiera!—añade. Pero si ella quisiera sería una sacerdotisa sin templo y sin fieles. Está equivocada. Su superioridad no es completa, y no pocas veces, es ocasional. Y los hombres se alejan de ella y buscan un ambiente más culto, más pulcro, mucho más exquisito. Ello es una desgracia; pero es menester saber combatirla, y esto no se consigue con voces ni denuestos, ni con alares de virginidad, ni con lamentaciones estériles. De nada servirá todo ello si el marido o el prometido pueden interrumpirla, exclamando:—Tienes mucha razón amiga mía; pero no se dice «aporrijar», sino prohibir, ni «volví en sí», sino «volví en mí». Y quítate esas zapatillas en chancas y súbete un poco las enaguas; y tira esa labor de ganchillo y vamos a hablar de algo que tenga verdadero interés si es que en el mundo de las ideas hay para tí un lugar y un tema que te parezcan interesantes.

En honor de la especie hay que confesar que lo que subyuga en las grandes aventureras no es su belleza ni su liviandad: es su corrección de maneras, su elegancia ingénita, su cultura nada común y su fervor estético. No basta que una mujer se exhiba desnuda para que se convierta en un ídolo, y se engañan las mujeres honradas, pero incultas, por hermosas que sean, al creer que para emular a las cortesanas les bastaría desnudarse. Se necesita mucho más. Hay que tener dentro una diosa, pagana o no pagana, pero con auras del Olimpo. Por eso las mujeres honradas, sin dejar de serlo, procuran ya educarse, aristocratizarse, ser artista y multiplicar sus atractivos. La mujer en el hogar y fuera de él es algo más que una jornalera, un ama de cría y una penitente: es la compañera, la maga que todo lo embellece, y para su marido, ¿porqué no decirlo?, la querida.

Y esto es muy difícil. Sin embargo, precisa aprenderlo para no tener que quejarse de que el vicio vence a la virtud, cuando en muchos casos, que, por fortuna y para gloria de nuestra compañera, en nada nos atañen los que triunfan con el talento y el buen gusto ajenos sobre la incultura y la simplicidad propias.

ANTONIO ZOZAYA

NOVIOS

Por todos los paseos, por donde la luz es algo escasa, por donde la soledad reina, caminan silenciosamente los novios.

Son las eternas parejas del amor, que se dicen cosas incomprensibles y mimosas.

Por donde ellos se encuentran, hay besos y flores y risas maliciosas.

Yo soy admirador de la pareja de enamorados charlatanes. Pero no los comprendo como yo deseara.

¿Son verdaderamente novios?

El noviazgo es la preparación del matrimonio, y éste suele ser el reverso de aquél. Más no debiera serlo. ¿Por qué dos enamorados alegres, dicharacheros, juguetones, llegan a ser dos cónyuges tristes y aburridos? Porque no han sido novios.

Estar enamorado de una hembra es cosa muy fácil... Ser novio es muy difícil. Para serlo hace falta admirar a la mujer, querer a sus cualidades de mujer honrada, encariñarse con su cultura, con su bondad; enseñarla a vivir y apartarla de los pareceres.

¿Hay novios en verdad?

Por todos los paseos, por donde la luz es algo escasa, caminan silenciosamente los amantes...

Un capricho los guía.

Y otro capricho los separará.

Es la juventud bullanguera que admira los colorines raros y se burla de los mandatos de la inteligencia.

Nuevo almacén de tejidos

Sobrino de Miguel López

Plaza Mayor 30 y San Lorenzo 3

Grandes existencias en artículos del reino y extranjeros a precios sin competencia.

Nota.—Constantemente se están recibiendo grandes partidas de géneros.

APUNTES DE UNA INGENUA

¿Pecamos cuando nos consolamos con quien no debemos?

He ahí una pregunta fácil para quien padece y disparatada para quien confunde los alientos con el deber.

Es muy cierto que las penas y alegrías necesitan su desahogo natural, porque es también indudable que éstas disminuyen y crecen conforme las vamos haciendo saber.

La manera de sentir de la alegría en nada se parece al sentimiento de la pena, como tampoco a su vez la manera de expresarla. La alegría es tan espontánea que se la comunica a cualquiera, es tan grande tu placer que la misma prisa que tienes por comunicarla no te detiene a pensar ni un solo instante si la persona a quien te diriges se alegra de tu bien, o padece de verte gozar.

¿Se manifiesta en la misma forma la necesidad de desahogar tu pena? No, porque aun cuando sentimos ansias de consuelo, aunque comprendemos que dando expansión a nuestro mal, nuestra pena disminuye, nos hacemos fuertes y pacientes, procuramos vencer a nuestro egoísmo y resultamos hacer de él una virtud; pero he ahí que un día tu sentimiento llegó a encontrar igualdad en tu pensar, has escuchado a una persona que al contarte sus contrariedades te ha puesto ejemplos de tan sublime abnegación, que quisieras acortarle sus penas con el solo afán de hacerle saber las tuyas.

Voy a presentaros un caso difícil y por el cual va dirigida la extraña pregunta de mi escrito.

Un matrimonio joven y desde luego nada feliz, tiene la desgracia de ser incomprensible el uno para el otro; sus aspiraciones son distintas, sus maneras de pensar no coinciden y sus principios de enorme desigualdad. Mas por no aumentar las faltas de él y no ponderar las acciones de ella, pasaremos por alto la diferencia de caracteres, haciendo desde luego saber que ella es sublime en todo, y por lo tanto distinta a él.

Un día esta mujer encontró un joven excepcional que pensaba lo mismo que ella, y ante el conjunto de ideas

sublimas que entre ambos expresaban, llegó el momento de participarle las penas entre ellos sufridas.

¿Hice mal?, me preguntaba. Y entonces yo, por deducir, le contesté: ¿Qué consuelo te dió él, cuando terminó de oír tus quejas? Me dió un consejo tan sencillo y espiritual, como inesperado y extraño. ¿Por qué no escribe V. algo donde pueda reflejar tan sublimes pensamientos? Y aunque os parezca frívolo este consuelo habéis de saber que a ella le hizo tanto bien, que hoy día su mayor distracción se la debe a este consejo.

Y ahora para contestar a su pregunta voy a dedicaros este párrafo como un consejo.

Cuando una mujer tiene la suficiente fuerza de voluntad y firme conciencia de sus actos, cuando la mujer casada esté convencida de lo que es el deber y piensa siempre con espiritualidad, cuando se da exacta cuenta de que ella misma se debe respeto y estimación, no debe reparar nunca en contar sus penas a la persona que haya merecido su confianza aunque esta sea hombre, ahora que al tratarse de esta diferencia por ser cuestión muy delicada, debéis antes de hablar, manifestar vuestros bellos sentimientos demostrando también vuestra fuerza de voluntad, advirtiéndolo al mismo tiempo que por mucho daño que os hagan, vosotras no seréis capaces de devolver mal por mal; y una vez demostrada vuestra admirable sensatez y bien sentida alma de mujer podéis contarle vuestras penas en la plena convicción de que tal como os presentéis, os tratarán.

¿Pecamos cuando nos consolamos con quien no debemos?

Si os consoláis con espiritualidad y fija siempre vuestro idea en el deber, podéis estar bien segura de vosotras mismas, sabiendo desde luego que no pecáis.

ELVIRA DE ALBORNOZ

Guillermo Aceña Redondo

Sargento retirado

Se encarga del cobro de toda clase de pensiones y retiros del Estado con garantía, al precio módico del 1 p. 100.

A los de la capital se sirve a domicilio.

Cuando el invierno llega...

(Novela)

(CONTINUACIÓN)

VIII

Y continué siendo el caminante que deshoja lentamente la flor de su ilusión a cambio de una esperanza que de tarde en tarde se cambia en realidad.

¿Cuántas y cuántas lágrimas bañaron los caminos por donde pasé!

En mi vida grotesca, las lentejuelas de la escena me hicieron llorar mucho.

Aquella vida alegre, repleta de ilusiones, que algunos días antes era todo mi amor, me parecía ahora despreciable, triste, sin objeto alguno.

Se me derrumbaba sin piedad para sepultarme.

Mis sueños locos, aquellos sueños de color de rosa que adornaron las asperezas de mi camino artístico, se me antojaban pobres, sin objeto alguno.

Era como si dormido hubiese soñado largos tiempos y despertara entonces, cegándome con la desnuda realidad que me gritaba despiadada:

—Vuelve, farandulero. No sigas ese camino para buscar la gloria, que no has de hallarla nunca. En la vida no hay más que una verdad: amar a una mujer muy bella. Y el Amor, esa verdad, ese único vivir alegre, no se encuentra siendo el caminante que siempre busca lo que nunca encuentra. ¡Vuelve, farandulero! Regresa a la ciu-

dad antigua donde Amor te besó y quiere con toda la fuerza de tu alma a esa mujer que fué galante llamándote compañero de Dios.

Y oí tantas veces esta voz interna que me acariciaba sin cesar, que oí a las bambalinas, a los telones, a los pareceres...

¿Qué iba a hacer!

Estaba completamente enamorado. Aquella muñequita de la vieja Castilla, era alma de mi alma, la ilusión de mi vida, pan para mi espíritu, dolor, placer, risas, llantos... ¡todo!

¿Qué iba a hacer, si mi conciencia me recriminaba fuertemente!

—¿Qué piensas, pobre diablo?—me decía sarcástica.—Olvida a la mujer o a la farándula. Viviendo en los hogares de papel y trapo, bajo las bambalinas, con tu mísera paga, con tu vida bohemia, adora a una mujer que sea como tú y sigue por la ruta de ilusión y de ensueño, pero olvida a Amparo, ódiarla para que su recuerdo no te lastime el corazón, porque ella no se halla en la quimera, como te encuentras tú, y no ha de descender en la vida a ser reina y esclava en el tosco tablado de la loca farándula.

¿Cómo lloraba entonces!

La vida se burlaba demasiado de mí y me sentía enfermo, sin fuerzas, sin risas, sin esperanzas.

Contemplaba un porvenir negruzco, lleno de miseria.

Y en esta densa niebla, se me presentaba el recuerdo de la mujer querida, como si fuese sol que me conce-

día luz unos instantes para luego dejarme sumido en las tinieblas.

IX

Una carta de Amparo llegó a desesperarme.

Todas las demás tuyas, siempre cariñosas, me pusieron alegre. Pero ésta, no. La amiguita deliciosa y espiritual que me contaba cosas picares y bellas haciéndome escribirla con desenfado charlatán, no era buena en esta carta última que me reprendía mimosa:

«Usted ha obrado mal, Emilio—me decía.—Dejar de ser artista para convertirse en mercachifle, es muy lamentable. Pero le disculpa su bondad, su amor y por eso le envío mi perdón cariñoso. Querer a una mujer es la belleza de la vida y cualquier camino que se tome para llegar al fin, es muy hermoso. Pero, ¿quién es ella? Esa historia que no quiere contarme, debe de ser muy linda, tanto como la protagonista que tanto puede y tan real se presenta cuando la voz materialista domina en el noviazgo...»

¿Que quién es ella!

¿Es que no quiso comprender mi carta? ¿Es que se me burla?

No lo se. No he llegado a saberlo.

No comprendía más que por ella dejé de ser farandulero, que por ella luchaba en la vida del comercio y la industria.

Yo la había contado:

«Amiga mía: Un amor, un humano amor, tan humano que por fuerza de serlo raya en lo divino, me obliga a

distinguir con claridad y dejo de ser cómico. Adoro a una mujer que quiero hacerla mía y que nunca ha de serlo si yo no soy como los otros son. Yo necesito conquistar un puesto, un puesto dentro de la realidad de la vida. Necesito dinero, posición. Por eso dejo de ser cómico para ser comerciante. Por una mujer, amiga mía, olvidé mis entusiasmos juveniles. Sé muy bien que ella no ha de descender hasta mí y yo deseo ascender hasta ella. Por eso abandono a la farándula y me acomodo en el comercio. Desde hoy, amiga mía, soy viajante.»

Y ella no quiso verse retratada en mis líneas. Ni en las demás cartas que siguieron después.

Pero ella me hablaba siempre muy mimosamente. Esperaba sus cartas para rociarme con la espiritualidad de sus francos decires que me contaban sus estados de alma.

¿Cuántas veces me quedé dormido con una carta suya entre las manos!

Aunque no éramos novios, nuestras cartas eran de un gran amor.

Parecía que nuestras almas se habían unido tanto, ¡tanto!, que los sentimientos se igualaban y los pareceres lo mismo.

¿Qué feliz era entonces!

Yo luchaba con fuerza, con entusiasmo, con amor. Esperaba el momento propicio de mi triunfo para escribir a mi amiguita y proponerle:

«Amparo: Yo la quiero a usted mucho; tanto, que por usted me convertiré en lo que soy. Ya he triunfado. Tengo

un sueldo de doce mil pesetas y una casita linda para querernos mucho. ¿Quiere usted que nos casemos pronto?»

Pero yo no ganaba todavía más que la mitad. Tenía fe en ganar lo necesario para que mi amiguita, transformada en mujercita mía, se viese rodeada de comodidades.

Y seguía luchando, siempre en el silencio.

Y rociando mi alma con la esencia de las frases de Amparo, que como rosas aparecían en sus cartas.

X

De la alegría que tenía, me semejaba a un cascabel rodando por una cuestecita.

Iba a llegar a Burgos.

Cuando distinguí las altas torres de la Catedral, latía con fuerza mi corazón de enamorado.

Estaba despertando el día y la vista de la vieja ciudad me parecía un cuento de ilusión.

Como era mayo, oían bien los campos, y los pajarillos, saltarines, cantaban repletos de contento. Marchaban al trabajo los obreros del campo, y sus coplas—mezcla de franqueza, de risas y de amor—caían sobre mi alma como lluvia bienhechora de besos.

EDUARDO ARASTI

(Continuará)

DEL MUNICIPIO

Cada sesión llegará a ser un gran festejo público. Día vendrá que el público, deseoso de diversiones económicas, vaya a las sesiones de nuestro Ayuntamiento con la faz tan risueña como acude a un circo o al cinematógrafo.

No hemos llegado a comprender la actitud de nuestros concejales. ¿Quiere alguien explicarnos por qué algunos de nuestros ediles toman asiento en el escaño?

Nosotros creemos que esos señores se hallarían muy bien en sus respectivos domicilios haciendo pajaritas de papel o recortando casitas de muñecas.

El pueblo no nombra concejal a un señor para que en el Ayuntamiento haga chistes, ni discuta con sus compañeros por el mero hecho de llevarle la contraria siempre.

Para un señor edil, no es suficiente la palabra graciosa. Porque un concejal diga a su compañero:

—Su señoría debe cortarse el pelo para que las ideas penetren con más facilidad, no ha cumplido con su deber.

Un concejal, un verdadero concejal, debe tener siempre seriedad simpática, y en la discusión de un asunto alejarse de los apasionamientos de ideales.

¡Pero no, señor! Nuestros concejales no quieren comprenderlo y siguen con su originalidad....

¿Administrar al pueblo? A nosotros nos queda una pequeña duda, tal vez vez porque nunca vimos sonreír ni hacer chistes a un administrador.

En la sesión última se han tratado varios asuntos de importancia.

El señor Palacio trató del precio del pan.

El señor Palacio tiene mucha razón.

Creemos, como él, que el precio máximo del pan debe ser el de 60 céntimos.

Este asunto debe resolverse enseguida.

Haciéndolo, nuestro Municipio cumple con uno de sus grandes deberes.

También el señor Cecilia propone la implantación de líneas de automóviles con Santander y Soría.

Aplaudimos al señor Cecilia, y, aunque algunos digan lo contrario, nosotros lo creemos de necesidad.

Algo vergonzoso es el retroceso en pleno siglo xx, pero a falta de pan....

Suponemos que el señor alcalde no olvidará lo de la fe notarial. Como el señor Enedágula, repetimos nosotros: «Es necesario que en breve tiempo tengamos el necesario número de notarios.»

Y nada más, porque de las reses de cerda.... ¡no queremos hablar!

¡Hay quienes se dan por aludidos!

COSITAS

Confesamos muy sinceramente que la igualdad se impone. No hay derecho a vivir en una desigualdad que crispa los nervios y hace de hombres pacíficos, luchadores empedernidos.

Sí, hace falta que llegue la igualdad.

Si no llega por buenas la haremos llegar a fuerza de pedradas...

No se ría V. señora, ni se extrañe. La igualdad, pese a quien pese, puede llegar por el camino de la fuerza.

¡Oh, cree V. que no!

Pues yo le aseguro a V. que sí.

No hay derecho, repetimos, a una desigualdad tan enorme.

La desigualdad es la causa de todo malestar. Por ella, tal vez, llegamos tarde, o nos adelantamos demasiado, pero nunca llegamos a la hora.

No se ría, señora, que me crispa los nervios!

—¿Que hora tiene V.?

—Yo, las siete.

—En mi reloj, son menos cuarto.

—Yo voy con la plaza.

—Yo con la Catedral.

¿Lo ve V. señora? ¿No le decía yo que la igualdad ha de llegar a fuerza de pedradas? Rompiendo todos los relojes, es de la única forma que se encuentren igual.

No hay derecho, no, no lo hay a que llevemos varios días sin saber, ciertamente, la hora fija.

Hay señores a quienes extraña las riñas y los golpes con que se acarician ciertos conyuges.

A nosotros, no.

En una calle céntrica de esta población, un matrimonio alegre se distrae con las «solfas»...

Nosotros que hemos leído mucho *del mas allá* sabemos muy a las claras que éstos entretenimientos de familia son cosas naturales.

En el matrimonio, el hombre y la mujer no hacen nada más que *ensayar*.

Un amigo muerto muy aficionado a las averiguaciones, nos ha demostrado que, todo *esposo y esposa se convierte, pasando unos mil años en gato y perro, respectivamente...*

¿Hay quién nos demuestre lo contrario?

Pues mientras tanto, los alegres cónyuges pueden seguir *acariciándose*.

Libros malos

Dicen que hay libros malos. Esa maldad no la he entendido nunca. Solo comprendo que cada libro se escribe para determinado número de personas. Lo que a mí me ilustra, lo que me hace conocer la vida, en cualquiera de sus fases, me parece bueno.

Cuando un libro trata del vicio, del dolor de la vida, suelen decir y aconsejar algunos:

—Ese libro es malo, ¡muy malo!, no debe V. leerle si no quiere pecar muy mortalmente.

¿De verdad?

No lo creo, no lo puedo creer.

Un libro de vicio, uno de esos libros que enseñan el verdadero dolor del vicio, debe leerse, es necesario.

Seguro estoy de que una mujercita que empezó a andar en el camino de la prostitución y lea uno de esos libros, vuelve, avergonzada, al camino del bien.

Y así todo. Porque no hay nada que nos ciegue tanto como el desconocimiento, la incultura.

Libros recibidos

La casa editorial, Hijos de Santiago Rodríguez acaba de publicar, con gran esmero, «Mi libro de Año Nuevo», que es un alarde de arte.

Una vez más, llega a demostrarnos esta casa, que en Burgos hay sobrado campo editorial, y que se puede competir grandemente con los mejores talleres de España.

En este tomo, «Mi libro de Año Nuevo», compuesto de cuentos, leyendas, Relatos, Arte, Curiosidades, Fábulas, Historia, Literatura, Variedades, Vidas de hombres célebres, Ciencias, Descubrimientos, etc, etc, aparecen infinidad de grabados, entre los que hemos admirado varios magníficos dibujos del famoso artista burgalés, Fortunato Julián, que son una verdadera maravilla en línea y en color.

Aparecen también varios dibujos de D. Luis Manero, que, como de él, son dignos de toda alabanza.

Un cuento que sobresale entre todos, es «La sombra del maestro» debido a la brillante pluma de J. Ortiz Pinedo.

En resumen, es un libro que honra a sus editores y debe enorgullecer a Burgos.

Obras instructivas, como ésta, deben ser el entretenimiento de los niños.

Quien conozca la obra, no podrá decir lo contrario de cuanto hemos dicho.

Reciban los Sres. Hijos de Santiago Rodríguez nuestra felicitación.

UN DIBUJO

Nuestro querido amigo, el capitán de Infantería D. Francisco Fernández Verviela, ha expuesto en un escaparate de la casa Hijos de Santiago Rodríguez, un dibujo a lápiz, ampliación hecha de un retrato de SS. MM. los Reyes de España.

Indudablemente es un gran artista el señor Verviela.

Nosotros no habíamos tenido ocasión de admirar ningún trabajo artístico de nuestro amigo y hemos quedado convencidos de que el señor Verviela podrá llegar a la cumbre del arte si el trabajo y la constancia son sus amigos fieles.

Burgos es una población que indudablemente se presta al arte del dibujo y artistas como el señor Verviela no deben desaprovechar las ocasiones para dar a conocer el estilo exquisito de su arte.

Bien hace falta que desperitemos algo. ¿Por que Vds., los dibujantes y pintores, no forman una exposición?

Teatro Principal

El pasado viernes hizo su debut la compañía cómica dramática que acaudillan Anita Adamuz y Manuel González, artistas ambos que gozan de justa y merecida fama y a los que el público otorga sus favores.

La hermosa comedia de Benavente «Rosas de otoño», fué la designada para presentación de la compañía, que interpretó la obra citada magistralmente, pudiendo augurar, que si el autor hubiera estado entre el público, hubiera contribuido con sus aplausos a las entusiastas y cariñosas ovaciones que la concurrencia tributó a cuantos tomaron parte en la obra.

Todos estuvieron bien, distinguiéndose muy especialmente Anita Adamuz y Manuel González, y mereciendo especial mención, Salvador María, que hizo un Adolfo delicioso.

Ayer se estrenó «Una mujer sin importancia» comedia inglesa, original de Oscar Wilde traducida por Ricardo Baeza, que ha merecido grandes elo-

gios de los críticos, que nuestro público sancionó ayer.

La obra, de corte especial, se desarrolla en un ambiente muy distinto del en que nosotros vivimos; de ahí la sorpresa que nos produce el primer acto, sorpresa que va desapareciendo a medida que la obra va desenvolviéndose.

La ejecución, irreprochable por parte de todos y muy singularmente González, que en la escena muda del acto cuarto nos demostró sus grandes facultades artísticas.

EL CLUB CICLISTA Y EL NUEVO PRESIDENTE

La simpática Sociedad deportiva cuenta hoy con un nuevo presidente cuyo nombramiento ha producido general satisfacción entre todos los socios.

Don Francisco Urrea, joven cuyos triunfos en el ciclismo le han conquistado en Burgos y fuera de aquí una reputación, ha sido el elegido para el cargo.

Entusiasta del ciclismo, su paso por la Sociedad será seguramente de beneficiosos resultados para el deporte.

Nuestra enhorabuena al amigo Urrea y a la Sociedad, que tan acertadamente ha sabido designar su presidente.

Los señores de Rodríguez, el que fué nuestro Director, y su digna esposa, pasan estos días por la pérdida de un ser querido en quien tenían depositado afectos y cariño inolvidables.

Doña Francisca Alvarez Bodelón, respetable y virtuosísima dama en quien la caridad constituía, pudiera decirse, todo en ser, ha muerto dejando en el hogar de nuestros amigos un vacío inmenso.

Reciban, pues, los Sres. de Rodríguez la expresión de nuestro profundo pesar.

Esta mañana ha tenido lugar el entierro del conocido industrial don Juan Miguel Burgos, hermano de nuestro editor don Marcelino y hermano político de don Antonio Atocha, oficial de Obras Públicas y querido amigo nuestro.

Su muerte ha causado general sentimiento en cuantos conocían al finado, por las condiciones de honradez y bondad que le caracterizaban.

El entierro se ha visto concurridísimo.

Testimoniamos a la familia el más sentido pésame.

Imp. Marcelino Miguel

LA CONCEPCION VALDIVIELSO Y ENEDAGUILA.-Calles de Madrid y San Pablo

Fabrica de camas y somniers.—Carteras mecánicas de carpintería
Fuerte y práctica cama, con somniers tejido doble y cables cruzados a **35 pesetas**
Ventas al por mayor y menor



Platería-Bisutería-Artículos de piel HIJOS DE PIO FERNANDEZ

DUQUE DE LA VICTORIA' 20 (frente a la Catedral).
TELÉFONO 475

Grandes existencias en artículos propios para regalos; en plata alemana; cuernos plata de ley; carteras y billetes de piel, con aplicaciones de plata, en los modelos más finos y elegantes.
Sortijas, alfileres, cadenas, medallas, bolsos de plata, pitilleras plata esmaltadas, etc.

Precio fijo verdad, marcado en cada artículo

CLINICA DENTAL

DE
D. EUSEBIO MORANCHEL
ESPOLÓN, 2-4

Regente: D. GABRIEL SALA
DENTISTA

Especialista en las enfermedades de la boca. Dentaduras montadas en caucho y oro. Puentes, sistema americano, dientes de esmaltado, coronas (muelas) y dientes de oro, desde 25 a 1.500 pesetas.

Dentaduras completas, desde 125 a 600 pesetas.

